

más representativos de la "nova cançó" catalana. El Monumental estaba lleno hasta los topes de un público por completo sensible y receptivo, que supo entender muy bien el sentido de la interpretación de Montllor.

Ovidi Montllor posee dos de los valores más importantes que dan consistencia a un cantante-autor: es letrista muy bueno—sus canciones, cargadas de intencionalidad, están concebidas como poemas— y un gran "showman". Aquí la palabra "showman" está un poco desprestigiada, y se aplica especialmente a músicos como Sinatra o Raphael; no es este sentido en el que puede servir para definir a Montllor. Este consigue hacer, él sólo y con el acompañamiento siempre correcto del guitarrista Carles Boldori, todo un espectáculo de su actuación, y demuestra tener un completo dominio de la canción como medio de expresión.

Las letras de las canciones son, como ya he dicho, verdaderos poemas; textos delicados y fuertes a un tiempo, en los que Montllor expone la problemática social de nuestro tiempo y de nuestro país, sin caer en el tópico ni en el panfleto. Tiene pocas, muy pocas canciones de corte intimista o lírico, pero éstas—como, por ejemplo, "Homatge a Teresa"—están llenas de delicadeza y sensibilidad.

El público que llenaba el Monumental demostró entender perfectamente el mensaje de Montllor: las peticiones de amnistía y libertad corearon su adaptación musical de un poema de Pere Quart, que es una amarga queja ante el hecho del exilio; asimismo fue acogido con



Ovidi Montllor.

atronadores aplausos el poema de Salvat-Papasseit—una llamada a la unidad de los hombres en una lucha común por la libertad y la justicia— que cerró la primera y la segunda parte del espectáculo. ■ E. H. I.



Jean Martinon, compositor y director

Si excluimos los grandes nombres de principios de siglo—Debussy, Ravel y, en menor grado, Satie— y algunas estrellas de la música contemporánea—Messiaen, Boulez, Xenakis...—, poco quedará que sepamos en España de la música francesa del siglo XX. Ignoramos casi todo, por no decir todo, de autores como François, Dutilleux, Nigg, Rivier y tantos y tantos otros, muchos de los cuales han contribuido decisivamente a la configuración del panorama actual de la música del país vecino.

Tomando como marco de referencia este general descuido, casi diríamos que uno de los nombres que más pueden sonar entre nosotros es el de Jean Martinon: por eso precisamente resulta chocante la indiferencia casi general con que los medios de información han acogido la noticia de su fallecimiento, acaecido el 28 de febrero.

Martinon había nacido en Lyon en 1910. Como compositor fue alumno de Albert Roussel (otro autor infrecuente en nuestras salas de conciertos); su obra, de cierta amplitud, queda bastante lejos de los descubrimientos vanguardistas y puede adscribirse con bastante exactitud a un expresionismo tardío. Lo cual no significa un demérito para Martinon, que en ello encontró un vehículo para la fácil comunicación de vivencias humanas, a veces muy dolorosas, como las expresadas en "Stalag 9 ou Musique d'exil",

compuesta en un campo de concentración nazi, o en el motete "Absolve Domine", en homenaje a los franceses muertos en la segunda guerra mundial. Ensayó todos los géneros musicales, incluida la ópera, pero sus obras más célebres son sin duda sus cuatro "Sinfonías" (en especial la segunda, titulada "Himno a la vida") y su "Segundo concierto para violín", que, aunque compuesto para Henryk Szeryng, testimonia sus propias cualidades de violinista experto, excelente concertista. Pero



Jean Martinon.

todas estas facetas tal vez queden oscurecidas (y no sólo en España) por sus actividades como director de orquesta que, tanto en conciertos como en disco, le han proclamado el número uno en la interpretación de música francesa, como lo fuera antes su maestro, Charles Munch. Sería interminable mencionar todas las orquestas que ha dirigido: citemos sus cargos de **Generalmusikdirektor** de la ciudad de Düsseldorf, director artístico de la Filarmónica de Israel, titular de la Sinfónica de Burdeos, de la Sinfónica de Chicago—a cuyo frente se mantuvo durante gran parte de la década

de los sesenta—, de la Orquesta Nacional Francesa, la Sinfónica de la ORTF, etcétera. Entre nosotros se le recuerda por sus repetidas actuaciones al frente de la Nacional, y es de señalar la dolorosa coincidencia de que para los días 12, 13 y 14 de marzo estaba programado que volviera a dirigirla en "La condenación de Fausto", de Berlioz. Discográficamente, Deutsche Grammophon editó a fines del año pasado, en gran versión de Szeryng y Kubelik, su "Concierto para violín núm. 2", emparejado con el famoso de Alban Berg; más recientemente aún, EMI nos lo ha presentado en su faceta de director con un álbum que es de esperar sea primicia de su integral Debussy, y promesa de una integral Ravel, que en el extranjero ha constituido, sin duda, la más magistral conmemoración discográfica del centenario del compositor de Ciboure.

■ JOSE RAMON RUBIO.



José Ortega, pintor mudéjar

De pronto nos advirtieron a algunos: "Que llega Pepe Ortega. Tal día abre su exposición en la galería Iolas-Velasco". ¡Pepe Ortega! Así, con esa economía nominativa, llamábamos siempre a José García Ortega—un nombre que no podía admitir ninguna traducción—, el manchego incorregible—imposible que se le pudiera corregir— de Arroba de los Montes. Cuando supe la noticia de su llegada me dio un vuelco el corazón. Ortega ha estado demasiado incrustado en la vida de muchos de nosotros, hasta de nuestros hijos, para que podamos recibir con indiferencia la noticia de su llegada... ¿Y desde dónde llegaría? Porque, sí, ya sabíamos que Ortega tiene residencia en Europa—gran parte de su vida en Italia, temporadas en Alemania, grandes temporadas en Francia...—. Pero..., pero estábamos ▶

acostumbrados a que, a pesar de todo su universalismo, él siempre llegaba de España... Era siempre el que nos ofrecía los más recónditos secretos de la vida española: el gazpacho mejor majado —algo tomado de ajo...—, el ajoarriero, tal como lo preparan en las mejores arrias manchegas..., o los lugares donde se podrían encontrar los mejores pastores o los mejores gañanes. Era un conocimiento

desayuno, cuando sale el lucero de la mañana —el lucero "miguero"—, son inmejorables". "¿Pero de dónde sales tú, loco, no ves que te vas a perder, no ves que te vas a pudrir en una cárcel si te echan el guante?" El sonreía y seguía con sus migas y con sus guisos. Algún amigo me lo decía; me lo dijo una vez el pobre Domingo Dominguín, que tanto lo quería: "Mira, déjalo: eso es lo suyo y es incorregible.

las galerías de un penal o de diversos penales, y ¿para qué?, ¿y total, por qué? Ha sido un bien para la pintura española que la Policía, entonces, no hubiese logrado echarle el guante. Gracias a eso contamos con otro gran pintor...

Por todo eso, cuando me dijeron "que viene Pepe Ortega", me pregunté, ¿y de dónde vendrá Ortega? Porque a él no lo concebía yo llegando de ninguna

cias mudejéricas". Tal vez con eso quede aclarado que no se trata —según yo lo creo— de una influencia directa ni, mucho menos, de una predeterminación. Se trata, más bien, de la vividura de una cultura: de la del Arcipreste, de la de los grandes alicatados y de la del ajo arriero... De una cultura que constituye el fondo de todo lo que es Pepe Ortega y que, sin proponérselo, sin que obedezca a ninguna predeterminación, sale de pronto a relucir...

En el fondo, yo creo que Pepe Ortega siempre ha sido eso, un español radical y, por eso, un producto de todas las cosas que han constituido y constituyen nuestro país...: el Arcipreste, la Celestina, el queso de Cabrales, el vino de Valdepeñas, Picasso, la Niña de los Peines, el gazpacho, las migas de la mañana en las gañanías... ¿Será que todo eso, amalgamado, constituye la esencia del mudejarismo? No sé. No quiero entrar en definiciones terminantes, sobre todo cuanto ellas afectan a una idea de nuestra cultura. Y para eso, que hablen doctores más autorizados. Por el momento, a mí me gusta pensar que Pepe Ortega es un pintor mudejar. Nada más. ■ JOSE M. MORENO GALVAN.



José Ortega: un largo exilio y una forma radicalmente española de interpretar la realidad.

de la vida española que, empujando por la propia fisiología del país, pasaba por los sabores del pan y los guisos y por los olores de las yerbabuenas y de las manzanillas... Pero, claro, era un conocimiento del que se desprendía siempre un amor entrañable por todo lo nuestro.

Por eso, él fue siempre el mejor de nuestros maestros de amar a España. Estaba enamorado de España con verdadera pasión. Por eso era tan injusta la situación que en torno a él había creado la Policía española. ¡Resulta que Ortega era comunista o algo así y, por tanto, un personaje peligroso! El pobre Ortega, como tenía necesidad de vez en cuando de respirar aires ibéricos, se presentaba aquí cuando menos lo esperábamos para vivir algún tiempo clandestinamente por esos campos de Dios. No sé cómo, se agregaba a alguna gañanía impensada y, de vez en vez, aparecía por Madrid sorprendiendo a algunos amigos... "Oye, las migas de pan, aceite y ajo que hacen en Sierra Morena, a la hora del

Yo he llegado a la conclusión de que sería menos desgraciado pudriéndose en los patios de la prisión de Carabanchel que comiendo queso de camembert en el Barrio Latino... Déjalo.

El caso es que cuando llegaba hasta nosotros esa especie de inspector general de majada y gañanías, traía, procedente de todo ese mundo un olor y un sabor genuinos y elementales que eran, además, los que tenían que tener esa pintura para estar en la mejor línea de la más rigurosa vanguardia. Pepe Ortega —y ésa era la otra lección que nos estaba enseñando constantemente— nos estaba advirtiendo que en la más flagrante elementalidad de la vida española puede estar la raíz de la vanguardia más rigurosa... De todas maneras, ¡qué suerte tan grande fue para la pintura española que la Policía no lograra echarle mano en la época en que estaba perseguido como un perro rabioso! Porque, si entonces hubiese caído, hubiese caído efectivamente un pintor en potencia que se hubiese ido enmohecendo en

parte que no fuese de España... Pues Pepe Ortega, ahora, también viene de España. Lo que nos trae también es una forma española, radicalmente española, de interpretar la realidad.

Se ha hablado mucho a propósito de este último giro de la pintura de Ortega, de sus **relieves policromos**. Porque, efectivamente, Ortega —aun trabajando fundamentalmente "en pintura" y con metodología de pintor— ha cuidado de manera muy primordial las lineaciones dibujísticas que constituyen las fronteras de su figuración, las cuales van, efectivamente, en relieve... Sin embargo, si yo tuviera que darle un nombre a esta época de la pintura de Ortega, la llamaría "su época mudejar". Porque, en efecto, el relieve constitutivo de las fronteras de su figuración tiene inevitable reminiscencias mudejéricas de las labores de yesería y, sobre todo, de las cerámicas... Reminiscencias mudejéricas que se acentúan, además, con el uso de colores enteros y llenos de vigor.

He hablado de "reminiscen-



El TEI y su nueva versión de Dürrenmatt

Tiempos difíciles para el TEI, uno de nuestros más solventes grupos de teatro, y un propósito: "La situación económica se agrava hasta llegar a amenazar con la posibilidad de cerrar nuestro local. No sabemos cómo solucionar la situación. De cualquier forma, queremos seguir: nuestro trabajo no ha sido siempre perfecto, pero creemos que es necesario continuarlo...". El